

Las extravagancias del culto de la Virgen nos revelan el espíritu que anima á la Sociedad de Jesús. En ellas se mezcla la devoción tan perfectamente con el cálculo, que se duda siempre si son hombres de una verdadera piedad ó bribones que explotan la credulidad humana. San Ignacio está en relación habitual con Jesucristo, lo ve á cada paso. ¿Qué pensar de un hombre que dice y cree ver lo que no existe? Ve, además, á Dios Padre; ¿cómo dudar de ello? ¡La visión está consignada en una inscripción! Hay más. Los católicos tienen un misterio que los más eminentes teólogos no han podido comprender, por la excelente razón de que es incomprendible: pues bien; Loyola lo ve con los ojos del cuerpo, ¡ve la Santísima Trinidad! (1). Tentados estaríamos á dudar de la razón de este hombre; mas sus visiones, si rayaban en la locura, tenían también su lado útil, porque permitían á Loyola dar á su institución la autoridad de una ley divina. El santo tuvo un éxtasis que duró ocho días; y entonces fué cuando recibió la milagrosa inspiración de las reglas de su Sociedad. ¡Vese, pues, para lo que sirven los éxtasis! El historiador de la orden tiene buen cuidado de advertir que las constituciones de la Compañía fueron escritas al dictado del Espíritu Santo, que fueron reveladas como las verdades fundamentales del cristianismo (2).

Las supersticiones eran el cebo grosero con el cual atraían los jesuitas las masas á las redes del catolicismo. Un hombre del siglo XVI, testigo ocular de la reacción católica, es quien nos dice que los reverendos padres ganaban al pueblo con sus *farsas* (3). No extrañemos, pues, que Loyola cultive y escoja esta planta parásita en sus *ejercicios espirituales*. Sabido es que San Ignacio enseña la devoción y la desarrolla por medios mecánicos, casi como se enseñaba á los reclutas la carga en doce tiempos. Uno de los medios de hacer brotar la piedad consiste en "alabar las reliquias, en invocar y venerar los santos.", "Las estaciones y las peregrinaciones piadosas, las indulgencias, los jubileos, los cirios que se encienden en las iglesias son también excelentes adminículos de reli-

gion., (1). Esto era como una inoculación del espíritu supersticioso, y dió sus frutos. En su calidad de santo, Loyola tenía un gran poder sobre los demonios. El diablo hostigaba á un colegio de jesuitas: al uno le aconsejaba gozar de la vida en vez de pasar su juventud en medio de privaciones; al otro le decía que dejara la lectura de Cicerón por la de San Pablo (singular consejo en boca de un demonio). Empleóse el agua bendita, los exorcismos, las oraciones; nada sirvió; entonces se dirigieron á Loyola; el santo respondió que sus discípulos debían poner toda su confianza en Dios, y apenas se hubo dado lectura de la carta, desapareció el demonio (2).

Por más increíble que parezca, estas necedades aprovechaban á la Compañía: ella explotó una de las prácticas más supersticiosas de la religión, el exorcismo, como instrumento de propaganda. Una joven doncella había sido entregada á los demonios por su abuela, hechicera afamada; se la trajo á Viena en 1583; á petición del emperador y del obispo fueron encargados los jesuitas de exorcizarla; preparáronse, al efecto, por el ayuno, por las flagelaciones y otras obras odiosas á los demonios; días y semanas duró la lucha entre los reverendos padres y los espíritus inmundos, pero también fué más brillante la victoria de los discípulos de Loyola: ¡arrojaron 12.500 diablos, ni más ni ménos, del cuerpo de la poseída! (3). ¿Es un acto de piedad ó es una farsa? Estos exorcismos, practicados con gran aparato, trajeron un gran número de protestantes á la fe ortodoxa; los historiadores de la orden lo afirman (4), y lo creemos de buen grado. Á los ojos de las masas, estos prodigios atestiguaban la superioridad del catolicismo sobre la Reforma, del propio modo que entre los salvajes el saltimbánquis que hace mejores juegos vence á sus rivales. Los jesuitas exorcizaban, los pastores protestantes no: ¡prueba evidente, dice el padre *Jouvenoy*, de la verdad del catolicismo! (5). Y cuando esta *prueba* sea silbada, hasta por los niños, ¿qué será de la religión católica?

No hay superstición, por grosera que sea, que

(1) *Les vrais exercices spirituels de Saint Ignace de Loyola*, Paris, 1628, p. 211.

(2) *Acta Sanctorum*, Jul., t. VII, p. 587, números 930-938.

(3) *Historia Societatis Jesu*, t. V, l. p. 125, números 77 y 78.

(4) *Historia Societatis Jesu*, t. III, p. 288, núm. 89.

(5) *Historia Societatis Jesu*, t. V, 2, p. 414, núm. 20; pág. 418, número 23.

(1) *Historia Societatis Jesu*, t. I, p. 7.

(2) *Historia Societatis Jesu*, t. I, p. 52, núm. 116; p. 235, números 63-66.

(3) PASQUIER, *Recherches de la France*, p. 312 (lib. III, c. 42).

no hayan honrado los jesuitas en provecho de su dominación. El padre *Sacchinus* nos va á contar cómo celebran los alumnos del colegio romano la fiesta de los patronos de sus naciones respectivas: reuníanse los jóvenes é invitaban á sus compañeros á asistir á la solemnidad, á fin de ganar para sí y su patria al favor de su protector celeste. ¿Y qué hacían para celebrar este apoyo? ¿Se entregaban á la oración? ¿Ejercían la caridad? No: ¡se flagelaban públicamente! (1). En Viena se vió el mismo espectáculo, y esta vez fueron los reverendos padres quienes dieron el ejemplo. Durante el carnaval se azotaron en presencia de sus alumnos; los alumnos imitaron, naturalmente, á sus maestros (2). Todo esto se hacía con la mayor ostentación posible, á fin de dar pruebas patentes de la santidad de la Compañía. Siempre ocurre preguntar: ¿era piedad? ¿Era charlatanismo? No nos atrevemos á decidir; mas lo cierto es que esta piedad de parada se asemeja singularmente á la práctica de los titiriteros, que procuran atraer á sus parroquianos á golpes de tambor, dando saltos y haciendo contorsiones.

II.

No se aplican ya, que sepamos, los jesuitas flagelaciones á grande orquesta; pero de nada hay que desesperar cuando se trata de la estupidez humana y hay interés en explotarla. Desafiamos á los jesuitas del siglo XIX á que renieguen de sus padres del siglo XVI; renegarian de los hombres más eminentes de su orden, renegarian de toda la tradición católica. Las prácticas supersticiosas no son lo que hay de más repugnante en el catolicismo: son, con frecuencia, el extravío de una verdadera piedad; lo que hay de más triste para la razón humana es ver profesadas esas supersticiones, y convertidas, por decirlo así, en artículos de fe por hombres de incontestable talento. *Belarmino* empleó su erudición y su sagacidad en buscar autoridades y argumentos para confirmar todas las devociones católicas, las indulgencias, las imágenes, las reliquias, las peregrinaciones, el agua bendita, la cruz, y encontró en *Gretser* un vulgarizador hábil é infatigable: el jesuita alemán pasaba en su

Compañía por el príncipe de los teólogos (1), y escribió en plena reacción como *Belarmino*. Estos ilustres doctores nos darán á conocer los sentimientos y las ideas con que la orden de Loyola reconquistó una parte del mundo cristiano en provecho de la dominación romana.

La Reforma estalló con ocasión de las indulgencias. En un principio no atacó Lutero más que los abusos; la obstinación de los papas en negar una satisfacción al sentimiento religioso sublevado fué lo que produjo una revolución. No podían dejar los jesuitas de vengar á los vendedores de indulgencias del desprecio que les profesaban los reformadores. *Belarmino* justifica las oraciones y las demás obras satisfactorias para los muertos fundándose en la unidad de la Iglesia, cuyos miembros son solidarios, y en los milagros: "Los difuntos están en relación con los vivos; la Escritura nos enseña que un muerto resucitó á un muerto, y que los muertos oran por el pueblo de Israel. Los beneficios que los santos procuran á los vivos son innumerables." (2). Reproduce *Belarmino* la doctrina del famoso tesoro de caridad, tesoro espiritual que ha puesto en la mano de la Iglesia los tesoros de todos los que tienen muchos pecados que expiar, tesoro inagotable, pues que se compone de los méritos infinitos del Cristo. Una vez puesto en el camino del error, la pendiente es rápida y peligrosa; el gran teólogo no se atreve á reprobar las indulgencias de diez mil, de veinte mil años, aunque no afirma que los papas las hayan otorgado. Una cuestión, agitada por los canonistas, nos mostrará el aspecto moral de estas doctrinas monstruosas: "Si en la esperanza del futuro jubileo comete una persona un pecado, ¿gozará del beneficio de la indulgencia?" *Belarmino* cita dos teólogos que se deciden por la afirmativa, otros dos que sostienen la negativa; y el ilustre controversista no se atreve á censurar esta inmoralidad vergonzosa que descuenta anticipadamente las gracias espirituales de la Iglesia, para entregarse con toda seguridad á las más malas pasiones (3).

Son bastante provechosas para la Iglesia las obras satisfactorias y las indulgencias, para que ella las sacrifique jamás. Lo mismo acontece con el culto de los santos, que combatieron los protestan-

(1) *GRETSERI Opera*, t. I, p. XI y siguientes.

(2) *BELLARMINUS, De purgatorio*, II, 15.

(3) *BELLARMINUS, De indulgentiis*, I, 2, 9, 10.

(1) *Historia Societatis Jesu*, t. II, p. 117, núm. 28.

(2) *Historia Societatis Jesu*, t. II, p. 201, núm. 167.

tes como una herencia del paganismo. Los jesuitas tomaron la defensa de todos los abusos que con él se ligan. Desde la época bárbara repugnó á la cristiandad latina el culto de las imágenes; y *Belarmino* sale de la dificultad, como acostumbran los católicos, á costa de audacia; niega, trata de apócrifo el concilio de Paris, que se había pronunciado en términos despreciativos contra aquella superstición bizantina (1). Los milagros le sirven para mantener la adoración de las imágenes, pretendiendo que Dios hace prodigios para consagrarla (2). ¡Así el Creador invierte las leyes inmutables de la creación para confirmar una práctica que, si no es idolatría en la doctrina de los teólogos, conduce necesariamente á ella en los sentimientos de las masas? Calvino se mofó de las reliquias, y había motivo para ello. Loyola las restituyó en su antiguo prestigio, y eligió para esto las más problemáticas, ó, por mejor decir, las más falsas de todas, las de las once mil vírgenes (3). Se mete hoy gran ruido con los testimonios que se hallan en la Escritura en favor de la divinidad del Cristo. ¿Qué pensar de la Escritura y de sus testimonios cuando se ve á *Belarmino* apoyarse en los libros sagrados, en la palabra de Dios, para autorizar el más grosero de los errores, el culto de las reliquias? (4). *Gretser* se atiene á él de una manera más sencilla: "Los protestantes lo atacan, dice, y esta es razón suficiente para mantenerlo y extenderlo." (5). El argumento es irresistible. Es verdad que los protestantes acusaban á los católicos de exponer á la veneración de los fieles, aquí huesos de paganos, allá restos de animales; mas los católicos tienen una respuesta perentoria que oponer á los ataques de la impiedad: *Belarmino* lo niega, y basta (6). Después de todo, añade *Gretser*, la piedad borra el vicio (7): máxima cómoda que, si tiene el poder de transformar restos de caballos en reliquias, encubre con mayor razón las necedades y los fraudes clericales.

Hay una devoción, enérgicamente combatida

(1) BELLARMINUS, *Appendix ad tractatum de cultu imaginum*.
 (2) BELLARMINUS, *De cultu sanctorum*, II, 12: "Miracula per imagines facta, ideo facta sunt, ut probarent ac sancirent imaginum cultum."
 (3) *Historia Societatis Jesu*, t. I, p. 194, núm. 13. Esas famosas reliquias son huesos de antiguos Romanos y áun restos de caballos (véase la parte octava de estos *Estudios*).
 (4) BELLARMINUS, *De cultu sanctorum*, II, 3.
 (5) GRETSER, *De insignibus imperii*, c. 15.
 (6) BELLARMINUS, *De cultu sanctorum*, II, 4.
 (7) GRETSER, *De cruce*, lib. I, c. 32: "Fides purgat factum."

por los protestantes, que resume en cierto modo todo lo que hay de supersticioso en el catolicismo, el culto de la cruz. *Gretser* le consagró *tres volúmenes in folio*, y abruma á los reformados con el peso de la autoridad de la Sagrada Escritura, que tanto les gusta citar, y donde se halla predicha la cruz. En nuestro tiempo se vuelven á exaltar las profecías, y se extraña que su evidencia no hiera á los incrédulos. Para edificación de nuestros lectores vamos á citar algunos pasajes de la Escritura que, se dice, conciernen á la cruz; y no será culpa nuestra si no ven más que necias interpretaciones donde los católicos adoran la inspiración divina. En el momento de su muerte profetiza Moisés el destino de las diversas tribus del pueblo de Dios, y hablando de la tribu de José dice: "Su belleza es como la de un primogénito de sus toros y sus cuernos como los de un venado (ó, según la Vulgata, de un rinoceronte)," (1). ¡Hé ahí la cruz predicha por Moisés! Si queréis saber lo que los cuernos de un rinoceronte tienen de comun con la cruz, leed á *Tertuliano* y á *Gretser*. Ante este poder de penetración, el resto no es más que una bagatela. El salmista llama al Señor el cuerno de la salvación: profecía del Cristo y de la cruz! Si no creéis á nuestro jesuita alemán, creeréis á un Padre de la Iglesia, porque es San Jerónimo quien lo dice. En *Isaías* encuentran también una profecía: "Todo el día, dice el profeta, he extendido mis manos hácia el pueblo incrédulo." Según *Gretser*, estas manos extendidas son las de Jesucristo sobre la cruz. ¡Es tener profecías á poca costa! Si esas no os bastan, porque son un poco traídas por los cabellos, otras hay que son claras como la luz: en los libros sibílicos se halla predicha la muerte de Jesucristo hasta en sus menores detalles; ¿no es esto maravilloso? Verdad es que los libros de la Sibila fueron fabricados por los primeros cristianos; mas la fe purga el fraude; y la falsedad no impide á *Gretser* extasiarse ante los libros sibílicos (2).

Los milagros de la cruz son innumerables. Hemos aprendido en nuestros días cómo se forjan los milagros; pero como son la prueba por excelencia de la revelación cristiana, no será inútil referir algunos de los prodigios operados por la cruz. Nuestros lectores admirarán con nosotros el papel que el

(1) *Deuteronomio*, xxxiii, 17.
 (2) GRETSER, *De cruce*, I, 48 (*Op.*, t. I, p. 75-77).

catolicismo hace jugar á la divinidad: diríase que es un compinche de prestidigitadores. La madera de la santa cruz es un medio de apagar el incendio; San Paulino lo atestigua por haberlo visto, y un cronista del siglo X dice que se repitió el milagro en el sitio de Paris por los Normandos. No es ménos maravilloso el óleo de la santa cruz; una madera muerta, de donde mana un benéfico licor, remedio para todos los males! ¡Esto es muy otra cosa que el agua de la Saletta! Hasta las imágenes de la cruz producen un óleo milagroso con gran ventaja de muchos, dice *Gretser*; ¡el jesuita alude, sin duda, á los que despachan esta mercancía á precio de oro! Los clavos son tan interesantes como la cruz. *Gretser* comprende perfectamente por qué tienen el poder de arrojar los demonios y calmar las tempestades, pues tienen una relación más íntima que la cruz con el cuerpo de Jesucristo: ¡en efecto, la cruz ha tocado únicamente al cuerpo, mientras que los clavos lo han atravesado! Los naturalistas ignoran todavía las causas de los temblores de tierra, y ménos se sabe todavía prevenir estos trastornos de la naturaleza. Si hemos de creer á *Gretser*, la piedad está mucho más adelantada que la ciencia: poned, dice, una cruz sobre las casas, y al propio tiempo que salva las habitaciones preservará á los habitantes de otra desgracia no ménos terrible, de la peste. En la antigüedad llevaban los paganos toda clase de amuletos para precaverse de las enfermedades y de las desgracias; el cristianismo los ha reemplazado con la cruz; nuestro jesuita dice que el remedio es soberano (1). Si se hubieran seguido sus consejos, se habría librado de muchas calamidades el siglo XIX: acaso no es tarde todavía, si es cierto, como *Gretser* lo afirma, que "la cruz calma las insurrecciones como las tempestades del Océano embravecido," (2).

El más sorprendente de los milagros producidos por la cruz es la multiplicación de la cruz misma. Pudiera creerse con los protestantes que, si la madera de la cruz se ha multiplicado, es porque había monjes interesados en la venta. Oigamos la fulminante respuesta del jesuita alemán: "Jesucristo ha comunicado su incorruptibilidad á la cruz sobre la cual ha derramado su sangre." La madera es incorruptible, sea; pero ¿cómo se multiplica

(1) GRETSER, *De cruce*, II, 28, t. I, p. 227.
 (2) GRETSER, *De cruce*, I, 85, 91, 93; II, 23, 30 (*Op.*, t. I, p. 147, 154, 157, 219, 232).

á medida del deseo y según el interés de los que despachan las reliquias? ¿No es este caso de exclamar con Calvino: ¡Oh torpe é inconveniente engaño!? *Gretser* responde al incrédulo reformador que la multiplicación de la cruz no es más imposible que la multiplicación de los panes; y tiene razón. En el camino del absurdo, sólo el primer paso cuesta repugnancia; si se cree en un milagro imposible, ¿por qué no creer en todos? En cuanto á los que se empeñen en explicarse la multiplicación de la cruz, que lean á *Gretser* y él les enseñará cómo es el aire circundante lo que se transforma en madera (1). Los instrumentos de la pasión también se han multiplicado como la cruz. ¡Cosa extraña! Este milagro embaraza á nuestro piadoso jesuita, y sale de la dificultad evocando un recuerdo de la antigüedad pagana: "Las ciudades paganas se han disputado la cuna de Homero; ¿por qué no se han de disputar las ciudades cristianas los instrumentos de la pasión del Cristo?," Perfectamente, pero esta comparación implica una duda, porque Homero no tuvo diez patrias. El jesuita alemán acaba por confesar que las reliquias no se han multiplicado. Las hay, pues, falsas; mas ¿qué importa? "Á pesar de todo, dice *Gretser*, áun cuando yo pudiera demostrar el error, no lo haría," (2). Admiramos la profunda piedad del reverendo padre; pero no comprendemos su apuro: si el pan y la madera se pueden multiplicar, ¿por qué no los clavos? Y si el aire circundante puede formar madera muerta, ¿por qué no hierro muerto?

Pasamos por alto las imágenes de la cruz y sus apariencias, por temor de aturdir al lector en fuerza de maravillas; mas preciso es que nos detengamos en la señal de la cruz, porque juega un papel importantísimo en el catolicismo. El tratado de *Gretser* sobre la señal de la cruz fué traducido en alemán para edificación de los fieles; hé aquí, pues, un libro popular, escrito por un ilustre teólogo para desarrollar el sentimiento religioso. ¡Qué religión, gran Dios! Es cosa admirable la señal de la cruz; representa todos los misterios del cristianismo, la Trinidad, la Encarnación, la Pasión y la vida eterna. La demostración es curiosa; véase una muestra: "Tres dedos representan la Trinidad; cinco dedos las cinco llagas de Jesucristo; comenzando la se-

(1) GRETSER, *De cruce*, I, 77 (t. I, p. 154).
 (2) GRETSER, *De cruce*, I, 97 (t. I, p. 163).

ñal de la cruz por la frente y descendiendo hasta el vientre, se indica que Jesucristo ha bajado del cielo para alojarse en el seno de la Virgen; llevando nuestra mano á la izquierda, despues á la derecha, se nos llama á reflexionar por qué ha tomado el Hijo de Dios la naturaleza humana, (?!). Un signo que encierra todos los misterios de la religion no puede dejar de producir efectos milagrosos: la señal de la cruz ahuyenta los demonios, sirve para exorcizar á los desgraciados que son presa de los espíritus inmundos, previene los accidentes é impide las fascinaciones (1). Cuando se lee este ható de necedades, se cree leer las alucinaciones de un loco. Añadamos que estas increíbles tontorías no son invención de nuestro jesuita; á los ataques de los protestantes, el sabio teólogo tiene buen cuidado de oponer los testimonios de los Padres de la Iglesia, y estos testimonios abundan. ¡Así todas las grandes cabezas del cristianismo convienen en divulgar fábulas como se pudiera hacer en una casa de locos!

No hay que decir que la señal de la cruz es una panacea; es, sobre todo, un remedio soberano para desterrar los malos pensamientos. *Gretser* reprocha duramente á Lutero el no haberlo recomendado á los que se ven atormentados de negras imaginaciones. Un desgraciado estaba perseguido por la idea del suicidio; el reformador le aconsejó que se dijese: "Dios quiere que yo viva, y viviré;" y *Gretser* trata al monje sajón de impio, porque no escribió á su amigo que recurriera al signo de la cruz! (2). ¡Así se rechazan los serios pensamientos sobre la voluntad de Dios como una impiedad! ¡Para ser piadoso hay que abandonarse en cuerpo y alma á la superstición! Esto nos pone en el camino de la influencia moral de las prácticas supersticiosas, renovadas por los jesuitas. ¿Cómo creencias que ciegan y vician la razón podrían moralizar á los hombres? Se dirá que debe respetarse la fe, aunque sea crédula; pero no se trata de fe: *Gretser* tiene buen cuidado de decir que la señal de la cruz, áun sin fe, hecha por los que no creen en Jesucristo, produce los mismos efectos milagrosos. Poco importa todavía la moralidad, la dignidad del que hace la señal de la cruz, el puro acto material basta (3). Lo

(1) GRETSEI, *De cruce*, IV, 4 (t. I, p. 342); IV, 36, 41, 44 (t. I, páginas 386, 393, 397).

(2) GRETSEI, *De cruce*, IV, 28 (t. I, p. 375).

(3) GRETSEI, *De cruce*, IV, 43, 62 (t. I, p. 396, 421).

mismo sucede con el agua bendita: arroja á los demonios por su sola fuerza, é igualmente lava nuestros pecados veniales sin ningun acto de penitencia, sin ningun pensamiento piadoso (1). ¡Qué piedad! ¡Qué religion!

Este medio fácil de borrar sus faltas tiene un inconveniente, y es que no se puede tener siempre agua bendita á la mano. La Iglesia lo ha previsto; el agua bendita se sustituye ventajosamente con los amuletos. Poco importa que sea esto un uso pagano; lo que era una superstición en el paganismo se transforma en acto de piedad sólo porque lo practican los cristianos. El cardenal *Baronio* es quien lo afirma (2), y un papa canonizado nos dirá el beneficio que reportan. Pío V distribuyó gran cantidad de *Agnus Dei* á los soldados que combatían por el catolicismo contra los reformados de los Países-Bajos y de Francia; uno de ellos, español, hecho prisionero por el príncipe de Orange, fué condenado á ser pasado por las armas; y como ni las balas ni la metralla le causaban el menor mal, se le registró y se halló que llevaba un *Agnus Dei*; en el momento en que se le quitó el amuleto fué herido de muerte (3). ¿Es creíble que estas estupideces se hallen consagradas por las oraciones solemnes de la Iglesia, que pide á Dios comunique su bendición á una imagen de cera? (4). ¿Harian más los titiriteros de los salvajes? Citemos todavía la bendición de las campanas, lo que se llama su bautismo; *Gretser* defiende este uso, como todos los que ha inventado el clero para abusar de la credulidad humana. Error sería imputar esto á crimen del jesuita, cuando tiene de su parte la autoridad del ritual romano: "La Iglesia ruega á Dios que las campanas consagradas alejen con su sonido las borrascas y las tempestades," (5). ¡Así, la costumbre, que existe hoy todavía en los campos, de tocar las campanas para alejar el rayo está autorizada por la Iglesia! Esta superstición se enlaza con otra que tiene profundas raíces en el cristianismo, la de que las tempestades son producidas por los demonios: el hecho, dice *Gretser*, está acreditado por testimonios ciertos (6); y de ahí provenía que

(1) GRETSEI, *De benedictionibus*, II, 9 (t. V, 2, p. 212).

(2) BARONIUS, *Annales ecclesiastici* ad a. 58, núm. 76: "Superstitio in religionem mutata."

(3) GRETSEI, *De benedictionibus*, II, 35 (t. V, 2, p. 261).

(4) GRETSEI, *De benedictionibus*, II, 36 (t. V, 2, p. 262).

(5) GRETSEI, *De benedictionibus*, II, 46 (t. V, 2, p. 279).

(6) GRETSEI, *De benedictionibus*, II, 48 (t. V, 2, p. 283): "Certis documentis exploratum est."

en Alemania se exorcizara la tempestad: ¡nuestro teólogo aplaude esta piadosa ceremonia!

Hé ahí de qué manera ilustran y moralizan los jesuitas las poblaciones. Para poner en toda su luz la reacción católica, vamos á referir todavía una decisión de *Gretser* sobre una cuestión de flagelación. Un ilustre doctor, Gerson, habia condenado este tormento voluntario; los protestantes lo combatieron en nombre del mismo espiritualismo cristiano; mas basta que sea condenado por la razón, para que el príncipe de los teólogos lo recomiende. Hay que confesar, por lo demás, que no le faltan autoridades: la Escritura, las palabras de San Pablo, el ejemplo de los santos, la práctica de las órdenes religiosas forman una tradición que no puede ser más respetable. El jesuita alemán acaba por decir que la corona de gloria es el fruto de las disciplinas. Extraña, sin embargo, una cosa, y es oír á un reverendo padre exaltar la flagelación cuando tantos discípulos de Loyola predicaban un cristianismo fácil; pero hay acomodamientos con el rigor. ¿No se podría alquilar una persona que se azotase por nosotros? (1). Oigamos la respuesta de *Gretser*. Es cierto, desde luégo, que los fieles pueden aplicar á otro el fruto de sus obras satisfactorias; en efecto, toda la doctrina de las indulgencias y del famoso tesoro de méritos se funda en ese principio; por consecuencia, el que se flagela puede transmitir á otro el beneficio de su flagelación. Y ¿en qué condiciones? Puede hacerlo gratuitamente; ¿por qué, pues, no ha de poder hacerlo por un pequeño regalo? (2). Es preciso que no lo haga exclusivamente por el dinero, porque si no habria simonía; pero con una buena dirección, como dice el jesuita de Pascal, es fácil evitar este escollo. *Gretser* nos da la fórmula del contrato; héla aquí: "Tú me das libremente y por pura liberalidad el fruto de la flagelación, y yo te doy libremente y por pura liberalidad tal pequeño presente," (3). Se ve, pues, que

(1) GRETSEI, *De disciplinis*, II, 11, t. IV, p. 57.

(2) *Munusculum*.

(3) "Tu liberi et liberaliter donas mihi fructum tui operis satisfactorii, et ego liberaliter et libere te donabo hoc vel illo temporali munusculo."

es bastante fácil adquirir la corona de gloria; no teneis más que entenderos con un pobre diablo que por un pequeño don consienta en administrarse todos los días una dosis razonable de azotes, y se os abrirán de par en par las puertas del cielo. ¡Qué innoble farsa es semejante religion!

¿Es creíble que despues de esto se atreva *Gretser* á tratar de idólatras á los protestantes? Mas ¿qué digo? ¡Son peores que idólatras! Y ¿por qué? Porque no quieren la práctica de la cruz ni de las mil y una supersticiones del catolicismo (1). Y lo más curioso es que todas las necedades que hemos referido fueron escritas para responder á los ataques de los reformadores. ¡Hé ahí la reacción católica! En verdad puede decirse que es la reacción de la estupidez contra el buen sentido; mas hay que añadir en honor de los jesuitas que no son ellos solos culpables, que no son sino los órganos del catolicismo. *Gretser* no da un paso sin apoyarse en la tradición; no recomienda una creencia supersticiosa sin aducir los testimonios de la Escritura y de los Padres de la Iglesia. Los jesuitas no han hecho más que poner su espíritu de astucia y de cálculo al servicio de la fe; y si han llegado á tales monstruosidades, es porque los principios que les sirven de punto de partida son falsos.

El elemento supersticioso domina en el catolicismo tradicional. Como la reacción católica estaba dirigida contra los protestantes, fué fatalmente llevada á rehabilitar lo que los reformadores condenaban; de ahí la reversion sistemática á todas las necedades que la credulidad, alimentada por bribones, habia imaginado: era cálculo y fe extraviada juntamente. El cálculo era bueno. Empero la explotación de lo que hay de débil y de imperfecto en la naturaleza humana debe tener un término; la reacción católica no es más que un movimiento pasajero; para revivir, habria necesitado el catolicismo un nuevo principio de vida. Mas el principio de vida estaba en el campo opuesto: el libre pensamiento pondrá fin un día al imperio de la superstición.

(1) GRETSEI, *De cruce*, IV, 64 (t. I, p. 425).